



# TEDDY

LA ÚLTIMA LUZ

## Capítulo 1: Voces en la Altura

El sol ardía con suavidad en los cielos de Bucaramanga. La brisa fresca de la mañana entraba por las ventanas abiertas del apartamento, en un piso alto donde vivía Valentina junto a su madre. Desde su habitación, se podía ver toda la ciudad extendiéndose como un mar de edificios y árboles; el murmullo lejano de los carros mezclado con el canto de los pájaros formaba una música de fondo casi hipnótica.

Valentina, de dieciséis años, estaba recostada en su cama. Vestía una camiseta negra y unos pantalones cortos, su cabello desordenado aún húmedo por la ducha matutina. En sus manos sostenía su celular, la música de Milo J sonando suavemente por los audífonos. Junto a ella, como de costumbre, Teddy dormía profundamente, abrazado a su pequeño peluche de corazón rojo.

—Terrible —murmuró con una sonrisa, al ver cómo su perro roncaba sutilmente mientras movía las patas como si soñara con correr.

Era un día común. De esos donde lo más emocionante era que Karol, su mejor amiga del colegio, le había mandado un meme ridículo por WhatsApp y habían terminado riendo durante diez minutos. Pero desde hacía días... había algo. Una sensación. Como si alguien la observara constantemente. Como si algo estuviera fuera de lugar, pero no lograba señalar qué.

A veces, cuando pasaba por el pasillo para ir al baño, sentía que algo la seguía. Que una sombra cruzaba rápidamente justo cuando giraba. Otras veces escuchaba un susurro débil, como un eco de su nombre, y volteaba bruscamente sin ver nada.

“Debe ser mi imaginación. Estoy viendo demasiados creepypastas en TikTok”, se decía.

Aquel día, sin embargo, algo fue distinto.

Mientras se preparaba un tazón de fresas con crema en la cocina, escuchó un sonido agudo que provenía de la sala. Un *crack* suave, como si el vidrio se resquebrajara. Al acercarse, notó que una de las ventanas tenía una línea tenue, casi invisible, como si alguien la hubiera arañado.

—¿Teddy hiciste eso? —preguntó, aunque sabía que él seguía dormido.

Cuando volvió a su habitación, Teddy estaba despierto. Pero no la miraba a ella. Estaba completamente rígido, la mirada fija en una esquina del techo. Sostenía fuertemente su peluche, y soltaba un gruñido bajo, como si estuviera viendo algo... que Valentina no podía ver.

---

Muy lejos, en Zarzal, Valle del Cauca, Sebastián se estiraba perezosamente frente a su laptop. Llevaba horas programando una página web para un cliente, una de esas noches en las que la concentración lo consumía por completo.

Él vivía con su madre, en una casa cálida pero sencilla. Desde su habitación, se escuchaba el cantar de los grillos y el murmullo de la televisión encendida en la sala. El cuarto estaba algo desordenado: cables, papeles, una taza con granizado a medio terminar, y una pila de libros sobre programación y psicología.

Sebastián no sabía que algo se avecinaba. Pero sí sentía... algo extraño. Últimamente, los sueños lo perseguían. Sueños repetitivos, en los que una ciudad ardía en llamas, una chica de ojos intensos corría por calles oscuras, y un perro saltaba entre ruinas con un objeto rojo entre los dientes.

Despertaba sudando, agitado, sin entender nada. Hasta que un día recibió un mensaje de su mejor amigo Richard:

“¿Has sentido como si algo estuviera cambiando? Emily me dijo que tuvo un sueño igual al mío... No quiero asustarte, pero creo que algo grande viene. Algo... raro.”

Sebastián no respondió. Solo miró la pantalla por unos segundos, el pulso acelerado. Y luego volvió a mirar el código. Intentando ignorar lo que su subconsciente ya sabía.

---

En Bucaramanga, esa noche Valentina no pudo dormir. El aire estaba denso. Teddy no se despegaba de ella ni un segundo, como si su instinto le gritara algo. Cerca de las 3:33 a. m., Valentina se levantó a beber agua y notó que el cielo tenía un tono extraño. Un resplandor naranja, como si hubiese un incendio en el horizonte, pero sin humo.

Y fue entonces cuando lo vio.

A través de la ventana, muy a lo lejos, en una de las montañas que rodeaban la ciudad, una grieta. Una fractura vertical en la realidad misma. Como si el cielo se hubiera rajado. Una luz violeta salía de allí, pulsando.

Y con cada pulso... algo se sentía más cerca.

Valentina retrocedió. Pero antes de poder cerrar la cortina, algo cruzó la ventana. No una figura, no un animal. Solo un *susurro*. Como un aliento en la nuca. Como una voz que no usaba palabras.

Y Teddy ladró con fuerza. Una, dos, tres veces. Saltó al alféizar de la ventana como si intentara atacar a algo invisible.

—¡Teddy! —gritó Valentina, jalándolo hacia atrás—. ¿Qué te pasa?

El peluche cayó al suelo. El corazón rojo giró lentamente hasta detenerse con la punta hacia la puerta.

Y entonces lo supo. Algo había entrado.

No por la ventana.

Por la grieta.

---

En otro punto de Colombia, algo parecido sucedía. Noticias de personas que desaparecían. Otros que aseguraban haber escuchado voces mientras dormían. Accidentes inexplicables. Luces extrañas en el cielo.

La grieta había abierto el Umbral.

Y lo que venía... ya no pertenecía a este mundo.

---

## Capítulo 2 – Sombras sobre Bucaramanga

El aire dentro del ascensor se sentía más denso. Valentina seguía quieta, con los ojos clavados en el techo. El foco parpadeaba de forma errática, y cada destello revelaba algo diferente: primero, nada. Luego, las paredes vibraban sutilmente. Después, un zumbido leve, como un canto lejano, como si alguien tarareara una melodía infantil distorsionada.

Teddy se removió inquieto en sus brazos. Su pequeño corazón rojo de peluche cayó al suelo con un golpe sordo. Ella se agachó a recogerlo, pero cuando lo levantó, sintió como si algo... **tirara del hilo que lo unía a su cuello**. La luz se apagó completamente por unos segundos. Oscuridad total.

Cuando volvió, con un parpadeo tenue, Valentina sintió el ascensor moverse de golpe, hacia abajo. Muy lento... pero no era la dirección correcta. No estaba subiendo. Y lo más escalofriante: **ningún botón estaba presionado**.

—Esto no es normal... —murmuró, abrazando fuerte a Teddy, que soltó un suave gemido.

La música volvió. Aquella misma melodía de cuna, apenas audible, pero que calaba hasta los huesos.

*“Duerme, pequeña, en tu ataúd de metal...”*

El ascensor se detuvo de nuevo. La pantalla de los pisos mostraba algo imposible: **"-5"**.



—¿-5? ¿Qué demonios...?

La puerta se abrió. La oscuridad de un pasillo desconocido se extendía frente a ella. No era el sótano del edificio. Esto era más antiguo. Más... húmedo. Más muerto.

—Teddy... ¿debemos salir?

El perro no respondió. Temblaba. Como si él supiera algo que ella no. Como si ese corazón de peluche le dijera lo que se avecinaba.

Valentina bajó un pie fuera del ascensor. El suelo estaba cubierto por una alfombra empapada, y un olor metálico —a sangre oxidada— flotaba en el aire.

Avanzó lentamente. Las paredes estaban cubiertas por dibujos infantiles hechos con crayones, pero todos compartían una figura central: una silueta oscura, con ojos como lunas rotas, flotando sobre una ciudad destruida. Y en todos los dibujos, la misma palabra rayada una y otra vez:

**UMBRAL**

**UMBRAL**

**UMBRAL**

Una sombra cruzó al fondo del pasillo. Valentina giró con fuerza.

Nada.

Solo el eco lejano de una risa infantil.

Sintió el corazón en la garganta.

—Esto no es real... es una pesadilla...

Pero no lo era.

De pronto, una puerta al final del pasillo se abrió sola. Dentro, una habitación completamente blanca. Fría. Allí, una niña estaba de pie, mirando la pared.

Valentina dio un paso hacia ella. Luego otro.

—¿Estás bien? —preguntó, acercándose.

La niña giró el rostro, lentamente. Tenía los ojos vacíos. Y una sonrisa tan amplia que parecía cortada con cuchillo.

—Ya vienen por ti también... —susurró—. **Ya cruzaste el Umbral.**

---

Mientras tanto, **a cientos de kilómetros**, en el pequeño pueblo de Zarzal, Sebastián se sentó frente a su computadora con un granizado en la mano. Había estado toda la tarde programando, creando una nueva sección para una página web.

Pero esa noche, todo estaba... raro.

Su pantalla parpadeó de pronto. Una línea de código se escribió sola:

**umbral.iniciado();**

—¿Qué carajos? —Sebastián frunció el ceño—. ¿Qué es esto?

Intentó borrar, pero la pantalla se puso negra. Luego apareció una imagen: un corazón rojo... de peluche. En llamas.

El aire en su cuarto se congeló.

---

De regreso en Bucaramanga, Valentina despertó de golpe en el ascensor.

—¿Qué...? —jadeó—. ¿Soñé?

Las puertas estaban abiertas. Estaba en su piso. La pantalla marcaba el número correcto. El mundo parecía seguir como si nada. Como si aquel descenso al infierno nunca hubiera ocurrido.

Pero en su mano, aún sujetaba el pequeño peluche de Teddy.

Y en su espalda... una palabra, rayada con marcador como si alguien se la hubiera escrito sin que notara:

**"Umbral."**

---

### Capítulo 3 – Ecos desde el Umbral

El aire del apartamento parecía distinto.

Valentina entró lentamente, cerrando la puerta tras de sí. El lugar estaba oscuro, iluminado solo por la tenue luz que entraba por la ventana del piso alto. Bucaramanga dormía. Pero ella no podía.

Teddy la seguía con pasos suaves, como si tampoco se sintiera seguro. El pequeño peluche de corazón rojo colgaba de su cuello, como siempre. Pero ahora, Valentina lo miraba diferente. Como si... como si ese objeto supiera algo. Como si hubiera estado **consciente** allá abajo.

—Fue un sueño... un maldito sueño —se repitió a sí misma.

Pero en la espalda, aún sentía el ardor. Fue al baño. Levantó su camiseta frente al espejo. Y allí, dibujado con algo oscuro, estaban esas siete letras: **UMBRAL**.

No era tinta. No era pintura. Era algo más espeso. Algo que olía a... tierra y herrumbre.

—¿Qué demonios es esto?

Teddy ladró.

Pero no al aire. **Miraba el espejo**. Sus orejas estaban hacia atrás. Gruñía. Valentina giró y se congeló.

En el reflejo... **una figura estaba detrás de ella**. Alta. Humana. Pero sin rostro. Solo una masa borrosa, como una sombra arrancada del fondo de un sueño olvidado. La figura alzó una mano y tocó el espejo.

Ella se giró.

No había nadie.

Solo Teddy, que seguía ladrando con fiereza.

Cuando miró de nuevo al espejo, la palabra en su espalda había desaparecido.

---

En Zarzal, Sebastián no había dormido.

La imagen del corazón de peluche ardiendo seguía flotando en su mente. Cerró la computadora. Apagó todo. Pero sentía que algo lo estaba observando. Y no era paranoia. Lo **sabía**.

Revisó el historial de su código. Buscó la línea `umbral.iniciado()`, pero no había rastro. Como si nunca hubiera existido.

Tomó su celular. Pensó en escribirle a Richard, su mejor amigo, pero lo dudó. Era tarde. Nadie le iba a creer que su computadora **le habló sola**. Ni que soñó —o no soñó— con ese corazón rojo... igual al que su novia decía que tenía el perro.

*Valentina...*

Hacía días que no hablaban. Tenían horarios distintos. Y ahora que pensaba en ella, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Un impulso raro lo empujó a buscar su perfil.

Pero lo que vio lo dejó helado.

**Una historia reciente. Subida hace menos de una hora.**

Era un video de Valentina... enfocando a Teddy. El perrito caminaba por la sala. Todo parecía normal, hasta que el video se congeló. Una interferencia... y un rostro **apareció**

**por un segundo al fondo.** Pegado a la ventana del apartamento. Un rostro oscuro, sonriendo. Muy cerca. **Demasiado cerca.**

Y nadie... nadie parecía notarlo.

Sebastián sintió que el estómago se le hundía.

—¿Qué mierda fue eso?

---

Valentina estaba sentada en la cama, abrazando a Teddy. No podía dormir.

Había intentado llamar a su mamá —que trabajaba en turno nocturno en una clínica—, pero no había señal. Revisó sus chats. Todo cargaba lento. Como si algo interfería.

—Tal vez solo estoy paranoica...

Se puso los audífonos. Reprodujo a Milo J. Cerró los ojos. Intentó respirar hondo.

Pero la música se distorsionó.

Una voz emergió por encima de la canción. Grave. Quejumbrosa. **Demasiado cercana.**

—Ya no puedes volver... ya cruzaste...

Valentina gritó y se quitó los audífonos. La música volvió a sonar normal... como si nada hubiera pasado. Pero entonces lo notó:

**Las paredes del cuarto estaban cubiertas por dibujos.**

Los mismos del pasillo del "piso -5". Garabatos con crayón. Figuras flotantes. Edificios destruidos. Ojos.

Y en el centro de todo... la silueta oscura. Siempre ella.

—¡No puede ser! ¡Esto no estaba aquí!

Abrió la puerta de su habitación. Gritó:

—¿Karol?! ¿¡Mamá!? ¿¡Alguien!?

Pero no hubo respuesta. Solo silencio. Y el corazón de Teddy latiendo fuerte contra su pecho. Sí. **Latiendo.**

El peluche ya no era solo un juguete.

---

En Bogotá, Richard se despertó con un sudor frío. Soñó con Sebastián. Con una ciudad cubierta por niebla. Con criaturas que **nacían del cielo.**

Se levantó de la cama. Emily dormía profundamente.



Fue a la cocina por agua. Pero al pasar frente al espejo... lo vio.

Un mensaje escrito con el vapor de la noche:

**“PROTEGE AL ELEGIDO.”**

—¿Qué carajos significa eso? —susurró.

---

En alguna parte de la ciudad, donde el concreto se agrieta y los sueños se pudren, un grupo de niños de ojos blancos rodeaba una figura encapuchada. Sus voces hablaban al unísono:

—La línea se ha cruzado. El Umbral ha sido abierto.

—Ella es la primera.

—Él debe seguir.

La figura asintió. Y su cuerpo comenzó a deformarse. Una lengua larga se desenrolló. Sus brazos se alargaron hasta el suelo. Caminó como un insecto.

Iba hacia Bucaramanga.

Iba hacia **ella**.

---

## Capítulo 4 – La Voz en el Pasillo

El reloj marcaba las **3:33 a. m.**

Valentina se sentó en el borde de la cama. La música se había detenido por completo. No por pausa. No por error. El reproductor seguía marcando el tiempo... pero no salía **ningún sonido**.

Teddy, acurrucado junto a ella, alzaba la cabeza de vez en cuando, como si escuchara algo que ella no podía.

La habitación olía a polvo viejo, aunque su madre había limpiado hacía dos días. Y lo más inquietante... los dibujos en las paredes ya no estaban.

Pero sabía que los había visto.

—Estoy volviéndome loca —susurró.

En ese instante, escuchó un sonido seco en el pasillo. Un golpe.

Luego otro.

Como si algo... o **alguien**, caminara arrastrando los pies.

El aire se puso espeso. La presión en sus oídos aumentó. Teddy se erizó completamente y comenzó a emitir un gruñido bajo.

Ella se levantó, descalza, con el corazón latiéndole tan fuerte que podía escucharlo rebotar en su pecho. Abrió con lentitud la puerta del cuarto.

El pasillo estaba oscuro, pero no del todo.

Una **luz tenue** venía desde la cocina. Como una linterna temblorosa.

Y entonces escuchó una voz.

No una cualquiera.

**La voz de su madre.**

—Valen... mi amor, ¿puedes venir un momento? No me siento bien...

Pero su madre no había llegado aún. Valentina **lo sabía**. No regresaba del hospital hasta las seis.

—Valen... ven. Estoy en la cocina. Me duele la cabeza, necesito ayuda...

Teddy comenzó a temblar. Retrocedía, empujando con su cuerpecito a Valentina. El peluche rojo se deslizó del cuello y cayó al suelo. Pero no rebotó. **Se quedó de pie**. Como si algo invisible lo sujetara.

Y de pronto, la voz cambió.

Ya no era la de su madre. Era más grave. Burlona. Arrastrada.

—Teddy no puede protegerte siempre...

Ella retrocedió y cerró la puerta de golpe. Pero no estaba sola en el cuarto.

Una **niña** estaba sentada en su silla de escritorio. Tenía el uniforme de otro colegio, las manos cubiertas de tinta azul y los ojos completamente blancos.

—A veces los sueños no son sueños —dijo la niña, con voz mecánica—. A veces... son **avisos**.

Y sin moverse de la silla, la niña se desvaneció. Como si nunca hubiese estado allí.

A cientos de kilómetros, Sebastián se encontraba frente a la pantalla, paralizado.

La historia de Valentina ya no estaba en su perfil. La había borrado. Pero él había guardado el video. Lo había descargado apenas lo vio. Y ahora, lo veía cuadro por cuadro.

En un momento del video, justo cuando el rostro aparece en la ventana, hay un segundo fotograma que nadie notaría si no lo analizara: **coordenadas**.

Unas coordenadas geográficas escritas con sangre sobre la pared. Casi imperceptibles. Pero estaban allí.

Tomó su celular. Buscó las coordenadas.

Le marcaban un punto en Bucaramanga.

Una vieja estación de tren **abandonada desde 1999**.

—¿Qué tiene que ver esto contigo, Valentina...?

Abrió su chat. Dudó, pero al final escribió:

**Sebastián:** "Oye... ¿estás bien? Vi algo raro en tu historia."

No hubo respuesta.

Esperó.

Escribió otro:

**Sebastián:** "Sé que es tarde, pero dime algo. Te juro que yo también vi algo raro hoy."

Una línea de escritura apareció.

"Valen está escribiendo..."

Pero no se envió nada.

En cambio, el celular **se apagó**. Sin razón.

Y entonces, **la computadora se encendió sola**.

Pantalla negra.

Una sola palabra en letras rojas:

**UMBRAL.**

---

Richard despertó de nuevo. Esta vez no por una pesadilla, sino por el ruido de la televisión.

Bajó a la sala. Emily aún dormía arriba.

La TV estaba encendida. Canal sin señal. Pura estática. Pero había una figura sentada frente a la pantalla.

**Era él mismo.** Su silueta. Mismo cabello. Misma ropa.

Pero no se movía. Solo miraba la estática. Como hipnotizado.

—¿Qué mier...?

La figura giró lentamente la cabeza... y sonrió.

Richard encendió la luz. Y no había nadie.

La televisión se apagó sola.

Y justo en ese momento, recibió un mensaje de un número desconocido.

**Despiértalos. Viene el Desgarro.**

---

En Bucaramanga, Valentina miraba el cielo desde la ventana. Y por primera vez en su vida, **las estrellas se movían**.

No eran aviones. No eran satélites.

Era algo mucho más grande.

—Teddy... ¿tú también lo ves?

Teddy gimió. El peluche de corazón ahora parecía **más rojo que antes**. Palpitaba.

Y en su interior, sin que Valentina lo notara, **algo se movía**.

---

## Capítulo 5 – El Desgarro

El cielo temblaba. No era una metáfora. No era producto del insomnio. Era real.

Valentina se había quedado congelada frente a la ventana mientras las estrellas cambiaban de lugar como si fueran piezas de un tablero. Formaban líneas, círculos, y luego... **un ojo**.

Un ojo perfecto, gigante, flotando entre las constelaciones. Parpadeaba lentamente, como si observara solo a **ella**.

Y entonces, desapareció.

No explotó. No se desvaneció. Solo se **cerró**.

Teddy ladró por primera vez en toda la noche. No era su ladrido de juego. Era un **alarido desgarrador**.

Valentina tropezó hacia atrás, tirando la cortina. Todo se apagó. Hasta las luces del edificio de enfrente.

Por primera vez, **la ciudad entera se quedó sin energía.**

Sebastián se despertó sobre su escritorio, con el cuello torcido, la computadora aún encendida... mostrando la palabra **UMBRAL** una y otra vez.

Parpadeó. Y algo lo estremeció.

**Había alguien más en la habitación.**

Un segundo después, una sombra corrió por el rincón izquierdo, tan rápido que no alcanzó a distinguir su forma. Se levantó bruscamente, tropezó con su silla, y encendió la linterna del celular.

Nada.

Silencio.

Excepto por una cosa: **el peluche de corazón rojo.** Exactamente igual al que tenía Teddy, pero aquí, en su habitación. En Zarzal. Sobre su cama.

—¿Qué...?

Lo tocó.

Estaba **tibio.**

Y en su tela, apenas visible bajo la costura, podía leerse algo bordado en hilo rojo muy fino:

“Cuando todo se parta, búscala donde comienza la grieta.”

Sintió un escalofrío. Tomó el peluche, abrió WhatsApp. Aún sin respuesta de Valentina.

Pero ahora, **su foto de perfil había desaparecido.** Y su número mostraba “usuario no registrado”.

—No, no, no... esto no puede estar pasando...

Marcó su número. Una vez. Dos veces. Nada.

Al tercer intento, una voz contestó.

Pero no era ella.

Era **él mismo.**

—No debes llamarla todavía. Si lo haces... podrías romperla antes de tiempo.

Y luego, un pitido. Llamada finalizada.

---

En Bucaramanga, la energía seguía cortada. Valentina buscaba a tientas una linterna por toda la habitación. Cuando finalmente la encontró, apuntó sin querer hacia el espejo del armario.

Y en él, no vio su reflejo.

**Vio a Sebastián.**

Sentado en su cuarto, con el peluche en la mano, justo como estaba ahora mismo.

—¿Sebas?

Él levantó la cabeza. En el espejo. Como si la escuchara.

—¿Valen?

Ella se acercó más. Tocó el cristal. El espejo estaba **húmedo por dentro**. Como si alguien respirara del otro lado.

—¿Esto es un sueño?

—No lo sé.

—¿Cómo estás aquí?

—No estoy. Creo que estamos conectados por algo.

—¿Por qué?

—El Umbral...

Apenas dijo esa palabra, el espejo se **quebró** en forma de espiral. El reflejo de Sebastián desapareció. Y la grieta se quedó allí, creciendo lentamente hacia las paredes.

Valentina retrocedió. El sonido de vidrio crujiendo seguía expandiéndose. Las paredes comenzaron a **latir**. Como si la habitación misma respirara.

Y entonces la vio.

Una figura.

Alta. Larga. Estirada como un poste. Sin rostro. Solo una superficie blanca con una boca vertical. Silenciosa. Caminando hacia ella sin moverse.

**Una Fracción del Umbral.**

Un ser que no pertenece al tiempo. No camina, no flota: **existe entre latidos**.

Teddy saltó sobre la cama y gruñó con toda la fuerza que su pequeño cuerpo le permitía.

La figura se detuvo.

Y con un movimiento inhumano, giró el cuello hacia él. Su boca se abrió como un abismo sin fondo. Y de allí salió una voz... conocida.

—Karol... se está rompiendo también. Pronto será tu turno.

Valentina gritó, y todo se volvió negro.

---

Karol se encontraba despierta, en su propia casa. Sentía frío, aunque estaba envuelta en cobijas. Había estado soñando con una cueva. Oscura. En el centro, Sebastián estaba sentado en una silla, y Valentina lloraba sin ojos.

Al abrir los suyos, vio una figura parada en la esquina de su cuarto.

Una silueta con una máscara con símbolos que parpadeaban. Como si alguien escribiera con luz.

Y entonces la voz habló.

—Solo puedes salvarla si rompes el espejo tú también.

Karol gritó.

Y el espejo de su cuarto se **astilló desde adentro**.

---

Valentina despertó en un vagón abandonado. Su pijama estaba sucia, llena de polvo.

La estación de trenes de las coordenadas. Allí estaba. Sin entender cómo.

Teddy estaba a su lado. El peluche de corazón... **ya no estaba**.

Frente a ella, en las vías oxidadas, una sombra la esperaba.

—Tu rol acaba de comenzar, Valentina.

—¿Qué quieres de mí?

—No soy quien quiere algo. Yo solo traigo el mensaje: **la grieta se está abriendo**.

Y la criatura desapareció entre una neblina rojiza.

---

Sebastián vio en su celular una nueva notificación.

**Transmisión recibida: Grieta 01 activa.** Coordenadas: Bucaramanga, Estación Oriente.



Y una nota, como si alguien más usara su aplicación de rastreo:

“Ella ya entró. Tú decides si la alcanzas o la pierdes.”

Sebastián corrió hacia su armario.

—Richard... prepárate. Me voy a Bucaramanga. Hoy.

Y mientras empaquetaba, el peluche rojo cayó de nuevo al suelo, abriéndose un poco por la costura. Adentro, no había algodón.

Había un pequeño fragmento negro, como una **piedra obsidiana palpitante**.

Una **semilla del Umbral**.

---

## Capítulo 6 – Ecos desde el Umbral

El vagón chirriaba con cada movimiento. Oxidado, silencioso... como si contuviera siglos de abandono.

Valentina se sentó, sacudiéndose el polvo. Teddy permanecía a su lado, inmóvil, como si **entendiera que ese lugar no era normal**.

El aire olía a hierro viejo y a humedad. Las vías se extendían hacia una neblina rojiza, como una herida abierta en el mundo. La misma neblina por la que la criatura había desaparecido minutos atrás.

—¿Dónde estamos, Teddy? —susurró, acariciando al perro, quien seguía mirando en una sola dirección.

Entonces escuchó un **zumbido**.

Como si una grabadora antigua comenzara a reproducirse. El sonido venía de una bocina colgando en el techo del vagón. Estaba rota... pero aún funcionaba. De alguna forma.

“Registro de Observación 01 — Fragmento activo: *Herida Inicial*. Contacto con sujeto potencial: VALENTINA. Resultado: Inestable. Observación continúa.”

La voz era mecánica. Sin emoción. Pero decía su nombre.

“Sujeto secundario: Karol. Presenta anomalías perceptivas. Riesgo de fractura: medio.”

—¿Karol? —preguntó Valentina en voz baja—. ¿También está envuelta en esto...?

Antes de que pudiera reaccionar, la bocina crujió una vez más.

“Él viene por ti. No por amor. Por balance.”

Y la transmisión terminó.

Valentina salió del vagón, empujando la puerta chirriante. Afuera, la estación parecía estar atrapada en un bucle de tiempo detenido: ni un solo sonido, ni una sola brisa. Solo **el peso del aire** que apretaba el pecho.

En el suelo, al borde de las vías, estaba el peluche de Teddy.

El corazón rojo.

Pero algo estaba mal: el peluche... tenía **ojos ahora**. Pequeños, bordados, que no estaban antes. Y la tela parecía haberse cosido sola.

Teddy se acercó, lo tomó con su boca y lo devolvió a Valentina, como si supiera que **ese objeto sería clave**.

Mientras tanto, en el Terminal de Zarzal, Sebastián se subía a un bus nocturno rumbo a Bucaramanga.

Llevaba su mochila, una chaqueta negra, y el celular con el código que había aparecido antes. El peluche lo había dejado bajo llave, oculto, por seguridad. Esa “semilla” negra que palpitaba dentro de él aún lo perturbaba.

Llamó a Richard antes de partir.

—¿Estás seguro de que no es una alucinación? —preguntó Richard, con tono preocupado—. Esto suena a cosa de película, Sebas.

—Lo sé... pero es real. Algo la está persiguiendo. Algo la eligió.

—¿Y por qué te está arrastrando a ti?

—Porque... creo que yo también fui elegido. O porque nunca debimos separarnos.

Richard suspiró.

—Mira, en mi universidad hay un profesor loco que alguna vez habló del “Umbral”, algo de planos superpuestos, cosas raras. Si logro encontrarlo, quizás te diga algo útil.

—Gracias. Cualquier pista sirve.

Antes de colgar, Richard dijo algo que quedó grabado en la mente de Sebastián:

—Ten cuidado, Sebas. A veces las grietas no se abren desde afuera... sino desde dentro.

En el apartamento de Karol, los espejos seguían astillados. Su madre no lo notó. Decía que solo veía su reflejo con normalidad. Pero Karol... **veía otros rostros** en cada fragmento.

Uno de ellos la miraba fijamente y le susurraba frases que no recordaba haber escuchado jamás.

“Tú no naciste aquí. El mundo real está colapsando.”

Esa misma noche, Karol decidió hacer algo que nunca habría hecho antes.

Fue a buscar a Valentina.

En la estación, Valentina caminaba entre las vías, siguiendo la niebla. Todo se sentía como un sueño. O una simulación. Y sin embargo, Teddy la guiaba con paso firme.

De repente, una figura apareció entre los restos de un vagón.

Era una niña. De unos 9 o 10 años. Con un vestido blanco manchado de barro seco. Sostenía en las manos una jaula... vacía.

—¿Tú también perdiste a alguien? —preguntó la niña, con voz calmada.

—¿Quién eres?

—Yo... no tengo nombre. Pero solía tener uno, antes de que el Umbral me tragara. Antes de que lo abrieran.

—¿Quién lo abrió?

La niña señaló al cielo. Una grieta comenzó a expandirse lentamente entre las nubes.

—No fue una persona. Fue un recuerdo tan fuerte que rompió la tela.

—¿Qué?

—Tu recuerdo.

Valentina retrocedió. La niña sonrió.

—Cuando deseaste que alguien te protegiera... abriste una puerta. Y ahora vienen por ti. No para lastimarte. Para **despertarte**.

Y con esa frase, la niña se deshizo en polvo.

Sebastián llegó al Terminal de Bucaramanga en la madrugada. El aire estaba denso, húmedo. Un olor a ozono lo envolvía.

Apenas bajó del bus, su celular vibró con una nueva notificación:

“Fragmento activo: Bucaramanga – Sector Oriente. Peligro inminente. Encuentra el vínculo. Tiempo restante: 3:44:12.”

—¿Tiempo restante para qué...?

No hubo respuesta.

Tomó un taxi sin pensarlo dos veces.

---

Mientras tanto, Karol entraba al edificio de Valentina. La energía seguía intermitente. Subió por las escaleras hasta el piso alto, donde vivía su amiga.

Llamó a la puerta. Nadie.

—¿Valen?

La puerta... estaba entreabierta.

Karol entró.

Todo parecía congelado. Como si el tiempo se hubiera detenido en el instante exacto en que Valentina desapareció.

Sobre la cama, la cobija aún estaba doblada. El espejo... seguía agrietado. Y dentro de la grieta, Karol vio **su propio reflejo llorando**.

Entonces escuchó pasos detrás de ella.

Giró.

Y lo vio.

Al mismo ser que Valentina había enfrentado: largo, sin rostro, boca vertical.

Pero ahora... **tenía la voz de Karol**.

—Sabes demasiado. Pero aún puedes salir... si traes a Sebastián tú misma.

Y con una velocidad imposible, la criatura se lanzó sobre ella.

---

En las calles de Bucaramanga, Sebastián recibió otra alerta.

“Sujeto secundario en riesgo: KAROL. Umbral en expansión. Tiempo restante: 2:56:49.”

Y por primera vez, escuchó una voz en sus auriculares. No era humana. Era como si hablara desde todas partes:

“No puedes salvarlas a todas. Pero si eliges ahora... puedes evitar el desgarró total.”

Sebastián apretó los puños.

—No voy a elegir. **Voy por todas.**

Y corrió hacia la estación, justo cuando los semáforos de la ciudad comenzaron a parpadear al unísono.

Valentina, de pie en el centro de la estación Oriente, sintió un cambio en el aire. Teddy gruñó con fuerza. La grieta en el cielo se había abierto más.

Una voz susurró entre los rieles:

“Él viene. Pero no todos regresan del Umbral.”

Y entonces... un tren negro apareció entre la niebla. Antiguo. Sin conductor.

Con el nombre tallado en el costado:

“SEBASTIÁN”

Y la puerta se abrió sola.

## Capítulo 7 – La Estación de los Ecos

El tren negro crujía como si su propia existencia doliera.

El nombre "SEBASTIÁN" tallado en su costado resplandecía con una luz tenue, como si hubiese sido grabado a fuego. Valentina se quedó quieta. El vagón tenía un aire **familiar y extraño a la vez.**

Teddy se paró frente a la puerta abierta, su corazón de peluche aún en la boca. Lo dejó en el suelo y emitió un gruñido grave.

—¿Quieres que entremos? —preguntó Valentina.

Teddy no se movió, solo la miró. Había algo **más allá del tren...** como si cruzarlo implicara un cambio irreversible.

Valentina recogió el peluche del suelo. Notó que ahora tenía un pequeño hilo rojo colgando. El mismo color del cielo resquebrajado sobre ellos.

Subió al tren.

Las puertas se cerraron solas. Y, sin hacer ruido, el vagón comenzó a avanzar.

Sebastián atravesaba la avenida quebrada, mientras los semáforos parpadeaban erráticamente. Los carros estaban detenidos, como si todos los conductores se hubieran esfumado.

—¿Dónde estás, Valen...? —murmuró, con el celular en la mano.

Las coordenadas del mapa lo llevaban hacia el este de la ciudad, justo donde las vías del antiguo tren desaparecen en un túnel tapiado.

Pero ahora... ese túnel **estaba abierto**.

La entrada era una grieta brillante en la pared. Como si un cuchillo de otro mundo hubiese desgarrado la realidad.

Cuando Sebastián se acercó, sintió que la gravedad misma cambiaba. Su cuerpo se hizo más liviano. El sonido se apagó.

Y al pasar por el umbral... todo se volvió **negro**.

Valentina avanzaba dentro del tren. Las ventanas solo mostraban niebla. Pero a veces, entre el vapor, aparecían imágenes **que no eran suyas**.

Un cuarto oscuro. Una mujer llorando.

Una versión de ella misma, dormida en su cama... mientras una figura la observa desde el pasillo.

—Esto no es real... —susurró.

“Nada es más real que el miedo”, dijo una voz detrás.

Valentina giró bruscamente. Allí estaba la **niña del vestido blanco**, la misma que había desaparecido en polvo. Sentada en uno de los asientos, acariciando el corazón de peluche de Teddy... aunque ella no se lo había entregado.

—¿Quién eres en realidad?

—Soy alguien que no supo detenerse. Alguien que también creyó que podía escapar. Tú aún puedes. Pero debes recordar.

—¿Recordar qué?

La niña sonrió. Pero sus ojos estaban vacíos.

—¿Por qué pediste protección, Valentina?

La pregunta la sacudió. Un temblor recorrió el vagón. Las luces parpadearon. Y el rostro de la niña se deformó por un segundo.

Como si hubiese **otra cosa** escondida debajo de su piel.

Entonces... la puerta del vagón se abrió.

Sebastián entró. Desorientado, cubierto de polvo, con la mochila aún en su espalda.

Sus ojos se cruzaron con los de Valentina. Fue un instante eterno.

—¿Sebastián...?

—Valen...

El tren se estremeció violentamente. Teddy corrió hacia Sebastián y saltó a sus brazos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Sebastián, mirando alrededor.

—No lo sé. Todo empezó con un sueño. Después desaparecí... y terminé aquí. Todo está... roto.

La niña los observaba. Ya no sonreía.

—El Umbral no fue creado para salvar. Fue creado para atrapar.  
Y ustedes... están en el centro del nudo.

Mientras tanto, Karol despertó.

Estaba tirada en el suelo de la habitación de Valentina. Las luces seguían apagadas.  
Pero ya no había criatura.

Sobre el espejo agrietado, ahora había una palabra escrita en algo que parecía ceniza:

“¡DESPIERTA!”

Corrió fuera del apartamento, bajando las escaleras sin mirar atrás. Tenía que encontrar a Sebastián. O a alguien.

Pero al salir a la calle... **la ciudad ya no era la misma.**

Todo estaba detenido. La gente, inmóvil. Como estatuas.

El cielo... tenía una fisura.

Y en medio del silencio, una voz femenina sonó a sus espaldas.

—Tú no eras parte del Umbral. Pero ahora lo eres.

Karol giró.

Una mujer de cabello largo, completamente negro, la observaba desde la esquina. Su sombra era más larga de lo normal... y parecía temblar como una llama viva.

En el tren, Valentina y Sebastián se sentaron uno frente al otro. Teddy dormía entre ellos, como si el caos no le importara.



—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó ella, con los ojos húmedos.

—Soñé contigo. Con este lugar. Luego encontré... esto.

Sebastián sacó de su mochila el **fragmento oscuro**, la especie de semilla viva que encontró días atrás.

Pero ahora, brillaba. Como si estuviera **despertando**.

—Parece... conectado contigo —dijo él.

Valentina sacó el corazón de Teddy. El hilo rojo latía, sutilmente.

—Y esto... también.

Un silencio incómodo creció entre los dos.

Hasta que la niña habló de nuevo:

—El Umbral se alimenta del dolor no dicho. De los lazos rotos. De los gritos que nadie escucha. Si quieren salir... deben cruzar por donde entraron.

—¿Y eso dónde es?

La niña señaló hacia la ventana.

—Donde la memoria se fracturó por primera vez.

En la ventana apareció una imagen: una cancha vacía.  
Una escena común.

Pero Valentina reconoció ese lugar al instante.

—Esa es... mi escuela.

—Ahí empezó todo —susurró la niña—. El día que quisiste desaparecer, aunque fuera por un segundo.

El tren comenzó a desacelerar. Las luces fallaban más fuerte. El Umbral temblaba.

Valentina y Sebastián se miraron una vez más.

—Si hay que entrar a tus recuerdos, vamos juntos —dijo él.

—Te advertí —dijo la niña—. No todos los que entran... regresan.

La puerta del vagón se abrió con un estruendo.

Detrás, **una escuela vacía** los esperaba.

La cancha, el pasillo, los murales... todo estaba torcido. Los colores deslavados.  
Como una pesadilla de lo cotidiano.

Y allí, al fondo del corredor, una figura los esperaba.

Tenía la forma de Valentina... pero sin rostro.  
Y con una voz que decía:

“¿Por qué me dejaste sola...?”

Teddy ladró. El peluche rojo cayó al suelo.  
Y por primera vez... **latió**.

## Capítulo 8 – Lo que dejamos atrás

El corazón de peluche emitía un pulso cálido.  
Un *latido* suave, profundo, imposible.  
Teddy se agachó frente a él, como si supiera que acababan de cruzar un límite invisible.  
—Eso no es normal —susurró Sebastián, retrocediendo un paso.

Valentina no respondió.  
Tenía los ojos clavados en la figura sin rostro al final del pasillo.

“¿Por qué me dejaste sola...?”

Esa voz, aunque distorsionada, era indudablemente **suya**.  
Pero no de ahora.  
Era su voz cuando tenía **diez años**. Justo cuando su papá desapareció.  
Una época que intentaba no recordar.

—Eso... no soy yo —dijo ella en voz baja, temblando.

Sebastián le tomó la mano. Notó que estaba helada.

—No importa lo que sea. Estamos juntos. Y no vamos a dejar que te atrape.

Pero la figura comenzó a caminar hacia ellos.  
A cada paso, el entorno cambiaba.

Las paredes se oscurecieron, como si una mancha de tinta se esparciera desde el suelo.  
Los pupitres flotaban. Los pasillos se estiraban y torcían.

Y las voces... muchas voces... comenzaron a escucharse en los altavoces rotos del colegio:

*“Eres rara.”*

*“Nunca vas a tener amigos.”*

*“¿Por qué siempre estás sola?”*

Valentina se tapó los oídos.

—¡Cállense!

Las luces estallaron. Sebastián la sostuvo con fuerza.

—¡Teddy! ¡Haz algo! —gritó.

El perro tomó el peluche de corazón con la boca.

Y en ese instante, **todo se congeló.**

El aire pareció cristalizarse. Las voces se detuvieron.

El eco se quebró como vidrio.

Y un recuerdo comenzó a reconstruirse alrededor de ellos.

Estaban en una cancha vacía. La misma del colegio.

El cielo estaba azul.

Valentina tenía apenas diez años. Jugaba sola, golpeando una pelota contra una pared.

Miraba de vez en cuando a los grupos de niñas que reían entre ellas, pero nunca se acercaba.

Y entonces llegó ella.

**Karol.**

Una niña igual de tímida, con una lonchera de fresa y un cuaderno lleno de dibujos de anime.

—¿Quieres jugar conmigo? —preguntó Karol, en ese recuerdo.

Valentina, en la visión, sonrió.

La escena parpadeó. El color comenzó a irse.

Y de pronto, otra figura apareció en la cancha: **la criatura sin rostro.**

Solo que ahora... sí **tenía cara.**

Era el rostro de Valentina adulta.

Pero cubierto de lágrimas negras, con una sonrisa torcida y ojos rojos.

“No basta con recordar, Valentina...”

“Debes enfrentar lo que abandonaste.”

La criatura corrió hacia ella.

Teddy ladró con una ferocidad que parecía humana.

Sebastián se interpuso.

—¡Ni te le acerques!

Pero la criatura se duplicó. Se triplicó.  
Ahora había **tres versiones** avanzando.

—¡Corre! —gritó Sebastián.

Tomó a Valentina de la mano y corrieron por el pasillo de su propia memoria.  
Atravesaron el comedor, ahora cubierto de agua.  
El laboratorio de química, en llamas.  
La sala de informática, llena de pantallas que mostraban su rostro durmiendo en diferentes lugares.

Cada puerta, cada aula, era una parte de ella misma.

—¡No quiero seguir viendo esto! —lloró Valentina.

—Entonces **mírame a mí**, ¡mírame! —dijo Sebastián, sujetándola del rostro—. Lo que eres hoy... es más fuerte que todo esto. ¡No estás sola!

Un rugido sacudió la escuela.  
Las criaturas se disolvieron en humo.

Y el corazón de peluche... **flotó**.

Frente a ellos apareció una puerta de madera, vieja, con una manija oxidada.

La niña del tren estaba del otro lado.

—Muy bien... desbloquearon la primera puerta. Pero aún no han despertado del todo.

—¿Cuántas puertas hay? —preguntó Valentina.

—Tantas como miedos guardes.  
Y cada uno de ustedes... tiene los suyos.

La niña miró a Sebastián.

—¿Y tú? ¿Estás listo para mirar al vacío?

Al otro lado de la puerta, estaban de nuevo en el tren.

Pero ahora estaba lleno de humo.  
Y en los asientos, había **personas dormidas**.

Jóvenes. Adultos. Niños. Algunos conocidos. Otros no.

—¿Qué es esto? —preguntó Sebastián.

—Los que no lograron salir.

Los que se quedaron atrapados en su propia mente —respondió la niña.

—¿Y por qué nosotros seguimos avanzando?

—Porque ustedes tres tienen algo que la mayoría no...

**Un lazo.**

Sebastián miró a Valentina. Ella sostenía el corazón de Teddy.

El perro dormía a sus pies.

—¿Qué hay más adelante? —preguntó ella.

—El origen.

El primer Fragmento.

Y luego... el Despertar.

Pero antes de que la niña pudiera decir más... **una explosión sacudió el vagón.**

Una ventana estalló.

Y del humo entró una figura oscura, encapuchada, con una máscara de cristal rojo.

—¡Bájense ahora! —gritó con una voz metálica.

Los apuntaba con un arma hecha de hueso y metal.

—¿Quién eres? —gritó Sebastián.

—No hay tiempo. ¡El Umbral ya sabe quiénes son ustedes! ¡Está cambiando las reglas!

Teddy se paró, gruñendo.

Valentina retrocedió con el corazón en brazos.

—¡Díganos quién eres!

La figura se quitó la capucha.

Era **Richard.**

El mejor amigo de Sebastián. Pero su rostro estaba más envejecido. Cansado.

Y en su cuello colgaba una placa:

**Unidad Fragmento 3. Bogotá – Protocolo Ocaso.**

—¿Qué...? —balbuceó Sebastián—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Yo no... *llegué.*

Yo nací dentro del Umbral.

Y si no saltamos ahora... ninguno de ustedes lo contará.

El tren comenzó a descender.

Pero las vías **ya no existían**.

Debajo solo había **una ciudad invertida**. Bucaramanga, al revés, con personas caminando en los techos, edificios colgando hacia abajo, y un sol negro en el cielo.

—¡Salten! —gritó Richard.

Valentina, Sebastián y Teddy se lanzaron por la puerta abierta, con el corazón de peluche apretado en las manos.

Y en el aire... todo se volvió silencio.

Hasta que la oscuridad los tragó.

---

## Capítulo 9 – Ciudad Invertida

El aire era espeso. No como niebla... sino como si el mundo respirara alrededor de ellos.

Valentina cayó de rodillas sobre un techo invertido cubierto de tierra rojiza. Sebastián rodó a su lado, jadeando. Teddy aterrizó sobre sus patas y se sacudió, aún con el peluche de corazón en la boca.

Pero lo que los rodeaba los dejó en silencio.

Arriba —o mejor dicho, *abajo*— estaba Bucaramanga, suspendida en el cielo negro como un reflejo roto.

Edificios colgando del vacío, faroles prendidos sin energía, calles que serpenteaban como si estuvieran vivas.

La ciudad entera colgaba de un abismo invertido, mientras una luna completamente roja sangraba luz sobre ellos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Valentina, mirando el cielo invertido—. ¿Esto es... mi ciudad?

—Una versión corrompida —respondió Richard, que aterrizó tras ellos—. La Ciudad Invertida. El Umbral usa tus recuerdos... tus lugares... para atraparte aquí. Y cuando lo logra, ya no puedes distinguir qué es real.

Valentina miró a Teddy. El peluche del corazón seguía brillando tenuemente.

—¿Y cómo salimos?

—No se sale. Solo se avanza. —Richard caminó hacia un edificio que parecía un colegio descompuesto, con ramas negras creciendo desde sus ventanas—. Este lugar está diseñado para confundir, para romper. Aquí viven las *copias*.

—¿Copias? —preguntó Sebastián.

—Gente como ustedes... atrapada. Sus recuerdos se duplican, sus emociones se distorsionan, y al final terminan creyendo que siempre vivieron aquí. Se vuelven parte del Umbral.

Una figura pasó corriendo al fondo de la calle, gimiendo como si su alma llorara. Otra, desde una ventana, los observaba sin ojos.

Valentina tembló. Sebastián la abrazó, aunque también sentía escalofríos.

—¿Y tú cómo sabes todo esto? ¿Por qué tienes esa placa?

Richard dudó.

—Porque no soy el Richard que tú recuerdas, Sebastián. O no exactamente.

—¿Qué...? —Sebastián se tensó.

—Hace años, cuando el Umbral comenzó a filtrarse en Bogotá, yo fui uno de los primeros en quedar atrapado. Pasé tanto tiempo aquí que terminé dividiéndome. Una parte de mí... *la real*... aún está allá afuera. Pero lo que ves ahora, es lo que quedó. Y aunque no soy completo... **yo sí recuerdo lo que viene.**

Richard los llevó por un camino de tejados retorcidos.

Mientras caminaban, pasaban frente a casas vacías con puertas que lloraban sangre.

Un parque donde los columpios giraban solos.

Una iglesia que tenía árboles creciendo hacia dentro, como raíces al revés.

Y por todo el lugar... se sentían **miradas**.

Presencias sin cuerpo.

—¿Qué buscamos aquí? —preguntó Valentina.

—El primer Fragmento —respondió Richard—. El Umbral no se abrió solo. Alguien o *algo* lo rompió desde adentro.

Y cuando lo hizo, dejó Fragmentos... portales... que conectan este lugar con el mundo real.

Si logran cerrar uno, podrán escapar. Pero deben hacerlo **antes** de que el Umbral los consuma.



—¿Y cómo lo encontramos? —Sebastián se detuvo frente a un callejón cubierto de símbolos.

Había un cartel viejo colgado de una cadena oxidada que decía:

“Callejón de los Doble.”

—Lo que buscan no está escondido —dijo Richard—. Vendrá hacia ustedes cuando los reconozca.

—¿Y qué es lo que nos tiene que reconocer? —preguntó Valentina.

Richard la miró... y por primera vez, pareció asustado.

—*Su reflejo.*

De repente, una risa aguda resonó desde una de las casas.

Una puerta se abrió de golpe.

Y de ella salió una niña.

Vestía el uniforme del colegio de Valentina, con el cabello recogido en dos trenzas.

Sonreía... pero su sonrisa era demasiado amplia.

—¡Valentinaaaa! —canturreó—. ¡Estás tan grande! Aunque, bueno... *yo también lo estoy.*

Valentina retrocedió.

—Yo... no...

—Soy tú —dijo la niña, girando la cabeza en un ángulo imposible—. La que se quedó atrapada en el primer sueño.

¿No te acuerdas del escondite en el clóset? ¿Del día que mamá no llegó a recogerte?

¿De cómo lloraste toda la noche con el uniforme sucio?

—¡Cállate! —gritó Valentina, con lágrimas en los ojos.

Teddy se puso frente a ella, gruñendo con el peluche rojo aún en la boca.

—¡No la escuches! —gritó Richard—. ¡Es una Doble! ¡Una copia emocional! ¡Si interactúas con ella, tomará tu lugar!

La niña-Doble sonrió.

Y comenzó a descomponerse.

Su piel se derritió, dejando un cuerpo hecho de oscuridad líquida con ojos flotando en su interior.

—*Vamos a jugar, Vale... como antes... hasta que no sepas quién eres.*

Y entonces atacó.

---

Sebastián la empujó con una tabla metálica que arrancó de una pared.  
Richard disparó un proyectil de luz roja que no la detuvo, solo la hizo chillar.

Valentina gritó.

Pero entonces, el corazón de Teddy **palpitó más fuerte.**

El perro se lanzó, mordiendo una de las extremidades oscuras de la criatura.  
El peluche se iluminó y la criatura gritó, retrocediendo como si hubiera sido quemada.

—¿Qué es ese corazón?! —gritó Sebastián.

—Es una *llave*. Uno de los pocos objetos que no ha sido corrompido por el Umbral — dijo Richard, asombrado—. ¡Teddy es más importante de lo que crees!

La criatura intentó atacar de nuevo, pero Valentina se interpuso.

—¡Basta!

Sus palabras resonaron como un eco.

Y el corazón de peluche se elevó solo, flotando frente a la Doble.

Una voz surgió del peluche. Una voz suave, como si viniera de dentro de Valentina misma:

*“Sé quién soy.”*

La criatura se quebró. Como un espejo que estalla.

Y en el aire quedó flotando un objeto: una **esfera negra con una grieta brillante en el centro.**

—El Fragmento —susurró Richard.

Sebastián lo tomó con cuidado. El objeto quemaba como hielo.

—¿Qué hacemos con esto?

—Lo guardamos. Y buscamos el siguiente. Pero deben saber algo...

Richard los miró con una seriedad que heló el ambiente.

—No todos sus reflejos serán tan fáciles de romper.

Algunos... están hechos de las partes que ustedes más aman.

Y para destruirlos... tendrán que perder algo en el proceso.

---

Valentina miró el cielo. Bucaramanga colgaba como una ilusión quebrada.

Teddy se recostó junto a ella, con el corazón aún tibio entre sus patas.

—¿Y si no salimos nunca? —preguntó ella, en voz baja.

—Entonces al menos vamos a pelear —respondió Sebastián—. Porque si este lugar piensa que puede separarnos...

Está jugando con la pareja equivocada.

La Ciudad Invertida rugió a lo lejos.

Y un nuevo camino se abrió frente a ellos.

El siguiente Fragmento los esperaba.

Pero el Umbral también estaba **mirando**.

## Capítulo 10 – El Recuerdo que No Era Tuyo

El camino ante ellos parecía un puente formado con sillas escolares soldadas entre sí, colgando sobre un abismo que susurraba nombres. Las mochilas colgaban vacías, balanceándose por una brisa que no existía.

Teddy iba al frente. Llevaba su peluche de corazón colgando de la boca como si fuera su brújula. Cada tanto se detenía, olisqueaba el aire... y luego seguía. Como si supiera a dónde ir.

Valentina caminaba al lado de Sebastián, con los brazos cruzados, intentando aparentar seguridad. Pero su mirada se clavaba en el vacío como si temiera que el pasado regresara.

—¿Tú también tienes uno? —preguntó de pronto, sin mirarlo.

—¿Uno qué?

—Un reflejo... algo que esté allá adentro, en este lugar.

Sebastián dudó. Miró sus manos, luego a Teddy.

—Sí —dijo al fin—. Algo que no he querido ver desde hace años. Pero creo que aquí ya no hay opción.

Llegaron a un sector nuevo.

Era una zona de casas pequeñas, tipo barrio popular, con calles llenas de charcos y rejas oxidadas. Pero todo estaba boca abajo, como si caminaran sobre el techo del mundo. En las paredes, graffiti flotaba al revés:

*“Aquí no se recuerda, se revive.”*

—Este lugar está modelado a partir de tus recuerdos más reprimidos —explicó Richard, que se mantenía un poco más atrás, cada vez más callado—. Es como si la ciudad supiera cuándo tienes miedo. Y entonces te lo entrega envuelto como un regalo maldito.

Teddy se detuvo frente a una puerta. Era de madera vieja, y encima tenía escrito con tiza:

**“Zarzal, 2016.”**

Sebastián se quedó helado.

—¿Aquí viviste? —preguntó Valentina.

Él asintió.

—Fue antes de conocerte. Antes de todo. Aquí pasaron cosas... que dejé de contar incluso a mí mismo.

Richard se adelantó.

—No tienes que entrar solo.

—Sí, sí tengo que hacerlo.

Y sin más, Sebastián abrió la puerta.

El interior de la casa estaba congelado en el tiempo.

Había un televisor antiguo en una esquina, apagado, aunque murmuraba cosas sin sentido.

En la mesa del comedor, tres platos servidos... todos con la misma comida: arroz, huevo frito y salchicha.

Pero en uno de ellos, la yema lloraba sangre.

Valentina apretó su brazo. Sebastián no reaccionaba. Solo avanzaba como un sonámbulo.

—Ese día... mi mamá había salido a trabajar. Yo estaba solo. Había soñado con algo, algo tan fuerte que me desperté llorando. Fui al baño, y... lo vi.

—¿A quién? —preguntó ella.

—A mí.

De la habitación del fondo, salió un niño. Tenía unos doce años. Era Sebastián... pero sus ojos eran completamente negros.

Tenía una cuchilla oxidada en una mano y la otra manchada de tinta.

—No debiste dejarme solo —dijo el niño.

—Ese no eres tú —dijo Valentina, dando un paso adelante.

Pero el niño la miró.

—Tú no estabas ahí. Ninguna de las dos estaban.

Valentina retrocedió.

—¿Dos?

El niño sonrió. Entonces, del fondo del cuarto, emergió una silueta con el cabello largo... idéntica a Valentina, pero con el rostro completamente cubierto por una malla negra.

Se movía como si flotara, dejando marcas de garras en las paredes.

—¿Qué... qué es eso? —Valentina comenzó a temblar.

Richard habló por primera vez en minutos:

—Es tu reflejo... pero mezclado con el de él. Un miedo compartido.

Sebastián... tú temes perderla.

Y tú, Valentina... temes ser lo que más daño le haga a él.

La silueta flotante extendió la mano, y un espejo se materializó en el aire. Dentro de él, Sebastián y Valentina se reflejaban... pero separados.

En el reflejo, Valentina estaba llorando, y Sebastián tenía una rosa negra marchita en la mano.

—*¿Y si nunca se hubieran conocido?* —susurró el reflejo.

El niño se lanzó hacia Sebastián. La cuchilla fue directo a su garganta.

Teddy saltó al aire como un rayo.

El impacto hizo que el niño cayera. Pero cuando Teddy mordió su brazo, el niño *sonrió*.

—No puedes salvarlo, perrito. Él ya está roto.

Valentina gritó. La silueta la envolvió con sombras.

Pero justo cuando el espejo comenzó a agrietarse, Sebastián alzó la voz.

—¡No me arrepiento de haberte conocido, Vale! ¡Ni un segundo!

—¡Y yo no soy tu pesadilla, Sebastián! —respondió ella—. Soy la que te va a sacar de esta mierda, ¿me oyes?

El peluche de Teddy brilló. Una vez más.

Y esta vez, las sombras se encogieron como si estuvieran ardiendo.

El espejo explotó.

La casa se comenzó a derrumbar.

El niño y la silueta gritaron al unísono y se deshicieron en partículas negras.

Y cuando todo quedó en silencio, apareció... **el segundo Fragmento.**

Una caja de música negra, con una bailarina sin cabeza.

En su interior, un cristal que vibraba como un corazón roto.

Richard lo observó en silencio.

—Uno más —murmuró—. Pero algo se está acelerando.

—¿Qué cosa? —preguntó Valentina.

—El Umbral. Ya no solo reacciona... ahora está empezando a *crear*.

Los recuerdos... se están volviendo profecías.

Y si eso es cierto, entonces lo que vieron en ese espejo...

Sebastián lo interrumpió.

—No es el futuro.

—Asegúrate de que siga siendo así —dijo Richard.

Esa noche, acamparon en lo que alguna vez fue un parque. Las hojas estaban petrificadas y los columpios rotos.

Valentina se recostó sobre Sebastián, usando su pecho como almohada. Teddy dormía a su lado, con el corazón de peluche entre las patas.

—¿Tú crees que salgamos de aquí? —preguntó ella, mirando las estrellas invertidas.

—No lo sé —dijo él, acariciándole el cabello—. Pero si esto es un sueño... prefiero soñarlo contigo que despertar sin ti.

Ella sonrió. Lo besó suavemente en el cuello.

Y por primera vez, desde que todo comenzó, el silencio no fue aterrador.

Fue... humano.

---

## Capítulo 11 – El Corazón Late por Segunda Vez

La noche en la Ciudad Invertida no tenía luna. Solo nubes negras que parecían inmóviles, como si colgaran de una pintura olvidada.

Teddy dormía enroscado entre Valentina y Sebastián, su pequeño peluche de corazón rojo iluminado por una tenue vibración. Nadie sabía por qué brillaba. Solo sabían que cuando lo hacía... algo importante pasaba.

—¿Lo ves? —susurró Sebastián, apenas despertando—. Está latiendo.

Valentina abrió los ojos. Y sí. El peluche no solo brillaba: parecía tener pulso.

Un *pum... pum... pum* tenue, como si la tela roja escondiera un pequeño motor de vida.

—Eso no es normal —dijo ella.

—Nada aquí lo es —respondió Richard, ya despierto y observando desde una roca—. Pero eso... eso es una señal.

—¿De qué?

Richard no contestó de inmediato.

—De que él no es solo un perro.

Valentina lo miró de golpe.

—¿Qué quieres decir?

—Teddy es parte de ti... y parte de este mundo. Quizás más de lo que creemos.

---

La mañana llegó sin sol. Solo una luz blanca, plana, como si el cielo fuera una lámpara fluorescente sin alma.

El grupo se adentró en una zona distinta: una biblioteca gigante, infinita, donde los libros flotaban por sí solos. Cada tomo parecía un recuerdo encapsulado, y algunos murmuraban nombres en voz baja.

—Esto no es un fragmento —dijo Sebastián—. Es algo más.



—Es un espacio de transición —explicó Richard—. Aquí, la Ciudad Invertida juega con tu percepción. Puede que salgamos... o puede que pasen años antes de encontrar una salida.

Valentina rozó uno de los libros flotantes. Al tocarlo, el título cambió:

*“Teddy: Origen 1”*

Lo abrió sin pensarlo.

La visión la absorbió por completo.

Estaba en una especie de laboratorio abandonado, con pantallas rotas, cables colgando del techo, y sonidos distorsionados como voces grabadas al revés.

En el centro, una cápsula de vidrio. Dentro de ella... un cachorro.

Teddy.

Pero no se veía como ahora. Tenía los ojos completamente blancos, y en su pecho... el peluche de corazón estaba *dentro* de su cuerpo, latiendo como si fuera su corazón real.

—¿Qué es esto...? —susurró Valentina.

Una voz surgió del intercomunicador, entrecortada:

*“...proyecto rechazo... no humano... fragmento fallido... reconexión emocional inestable...”*

El cachorro aulló. No por dolor. Sino por... *soledad*.

Y entonces... el laboratorio explotó.

Valentina gritó. Cerró el libro de golpe, jadeando, de vuelta en la biblioteca.

—¡Vi a Teddy! ¡Pero era diferente! Estaba... atrapado. Y tenía el peluche *adentro*.

Sebastián la sostuvo.

—¿Qué más viste?

—Fragmento fallido... dijeron eso. Y hablaban de “reconexión emocional”.

Richard la miró como si algo encajara en su mente.

—Quizás por eso Teddy puede encontrar los Fragmentos. Quizás él es uno.

Valentina negó con la cabeza.

—¡Él no es una cosa! ¡Es mi perro!

—No dije que no lo sea —respondió Richard, serio—. Pero algo en él fue diseñado para esto. Y su conexión contigo... puede ser lo que lo mantiene estable.

Teddy se acercó y puso su cabeza en el regazo de Valentina. Sus ojos la miraban con ternura, pero algo más profundo parecía despertarse en ellos. Como si también recordara lo que ella vio.

Avanzaron por los pasillos de la biblioteca infinita, guiados por el brillo del peluche.

—¿Y qué pasa si los Fragmentos no solo nos muestran cosas rotas? —preguntó Sebastián, mientras caminaban—. ¿Y si también nos están preparando?

—¿Preparando para qué? —preguntó Valentina.

—Para una elección —murmuró Richard.

Y en ese momento... algo los detuvo.

Una figura los esperaba al final de un pasillo. Una silueta humana, cubierta de vendas negras, con una sola ranura en la cara que dejaba ver una sonrisa que no encajaba.

—Finalmente los encontré —dijo la figura.

—¿Quién eres? —preguntó Richard, poniéndose frente a ellos.

—No importa mi nombre —respondió el ser—. Lo que importa... es que no están solos en esto.

La figura levantó la mano y chasqueó los dedos.

Las estanterías comenzaron a moverse. Como si fueran torres vivas, empezaron a rodear al grupo. Libros comenzaron a abrirse solos, dejando escapar sombras con ojos rojos, parecidas a los fragmentos rotos del primer encuentro.

—¡Atrás! —gritó Sebastián.

Teddy gruñó. Pero esta vez... no saltó al ataque.

En vez de eso, se sentó. Y comenzó a ladrar con fuerza. Uno... dos... tres veces.

Y en el aire, surgió un círculo rojo con símbolos desconocidos.

Un portal.

—¿Qué está haciendo?! —gritó Valentina.

—¡Nos está sacando de aquí! —respondió Richard—. ¡Confíen en él!

Pero la figura vendada no se detuvo.

—Pueden correr todo lo que quieran. Pero el Umbral no se cierra... hasta que uno de ustedes se rompa.

Teddy saltó dentro del portal. Luego Sebastián, Valentina y Richard.

El mundo dio vueltas.

Y al abrir los ojos... estaban de nuevo en la ciudad.

No en la Invertida.

En la real.

Bucaramanga. Aunque algo... no cuadraba.

Todo estaba vacío. Las calles silenciosas. Los semáforos parpadeando sin orden.

—¿Qué es esto...? —susurró Valentina.

—Es la ciudad —dijo Sebastián—. Pero congelada en el tiempo.

Richard miró el cielo.

—No es la ciudad lo que cambió.

*Son ustedes.*

## Capítulo 12 – Ecos del Mundo Quieto

El aire en Bucaramanga estaba frío. Demasiado frío para una ciudad cálida. No corría viento, pero las hojas de los árboles temblaban.

Todo parecía estar detenido. Ni un solo carro se movía. Ni una persona caminando. Solo un silencio que pesaba más que cualquier palabra.

Valentina se aferró al peluche de Teddy, que aún brillaba suavemente.

—No entiendo... ¿qué pasó? ¿De verdad volvimos?

—Sí —respondió Richard—. Pero algo vino con nosotros.

Teddy olfateaba el aire. Su cuerpo estaba rígido. Ya no era solo un perro alerta: parecía un centinela. Un guardián.

—No hay nadie —dijo Sebastián, caminando hasta la esquina de la calle—. Las luces funcionan, pero no hay sonidos. No hay ciudad.

—Es como si estuviéramos atrapados en una fotografía —murmuró Valentina.

—O en el recuerdo de alguien —corrigió Richard.

Caminaban por las calles vacías de la ciudad, cruzando avenidas sin tráfico y parques sin niños. Valentina guiaba con seguridad, reconociendo cada lugar.

Pasaron frente al colegio donde estudiaba. Las puertas estaban abiertas. Todo estaba encendido. Pero no había nadie.

—Karol... —susurró—. ¿Dónde está Karol?

Subieron al apartamento de su madre. Piso alto. Ventanas enormes. Una vista panorámica de la ciudad silenciosa.

—Mamá... —Valentina buscó en cada habitación. Pero no había nadie. Solo el televisor encendido con una imagen congelada: una caricatura en pausa.

Sebastián se acercó y puso una mano en su hombro.

—Vamos a encontrarla.

Valentina, conteniendo las lágrimas, asintió. Se agachó junto a Teddy y abrazó su cabeza. El peluche en forma de corazón latía una vez más.

**Pum... pum... pum...**

—Ese sonido —dijo Sebastián—. Cada vez que late... algo cambia.

—Está conectado con este lugar —añadió Richard—. Quizás Teddy puede guiarnos de nuevo.

En la noche, decidieron dormir en el apartamento. Era el único lugar familiar. Comieron lo poco que quedaba en la nevera, aunque no sentían hambre.

Richard se quedó despierto vigilando.

Valentina dormía abrazada a Teddy, con el peluche entre las manos. Sebastián no podía dormir. Se sentó junto a la ventana, viendo la ciudad quieta.

Y entonces lo vio.

Una figura. Allá abajo. En medio de la calle. Mirando hacia arriba.

Cubierta de vendas negras.

Sonriendo.

—¡Valen! —gritó.

Ella despertó de golpe. Richard corrió al balcón.

—¿Qué pasó?

—¡Está aquí! ¡Él está aquí!

Pero cuando todos miraron... no había nada. Solo un ligero humo oscuro que se desvanecía.

Valentina miró a Teddy. Él estaba despierto. Y temblando.

—Lo vio también —dijo.

—Nos está cazando —añadió Richard—. Pero no puede entrar. No todavía.

Sebastián cerró las cortinas.

—¿Qué es exactamente esa cosa?

—Un fragmento... demasiado completo —dijo Richard—. A veces, cuando el Umbral se fragmenta, parte de su esencia toma conciencia. Es como si... una idea se volviera persona. Una pesadilla... con cuerpo. Lo llaman **el Eco**.

—¿Y qué quiere?

Richard tragó saliva.

—Rompernos. No matarnos. Rompernos emocionalmente, psicológicamente. Porque mientras más se rompa uno... más fuerte se vuelve el Umbral. Más fragmentos se liberan.

—Por eso nos habla —dijo Valentina en voz baja—. Por eso se ríe. Porque quiere entrar en nuestra cabeza.

Teddy gruñó. Bajo la cama, el peluche volvió a latir con más fuerza. Pero esta vez... las paredes del cuarto comenzaron a temblar.

—¡Algo no va bien! —gritó Sebastián.

El cuarto se llenó de un sonido extraño, como un murmullo que crecía desde el suelo. Y entonces, de la sombra debajo de la cama... surgió una mano.

Una mano vendada, pálida, saliendo como si fuera un charco.

Valentina gritó. Teddy saltó hacia la sombra, mordiendo sin dudar.

Sebastián la jaló fuera del cuarto.

—¡Vamos!

El apartamento entero se deformaba. Las paredes se curvaban. Las puertas se estiraban. Como si la ciudad intentara tragarlos.

Richard lanzó una pequeña luz roja desde su mochila, un artefacto antiguo que dejó un símbolo en el aire.

Un nuevo portal.

—¡Rápido! ¡Teddy primero!

El perro entró. Luego Valentina, con lágrimas de impotencia. Sebastián la siguió, y Richard entró último justo antes de que el cuarto colapsara sobre sí mismo.

Cuando abrieron los ojos, estaban en una plaza. Llena de árboles secos. No era Bucaramanga. No era la Ciudad Invertida.

Era otra capa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sebastián.

—Entre mundos —respondió Richard—. Un lugar que no tiene nombre. Solo aquellos perseguidos por el Umbral pueden verlo.

Valentina miró alrededor. Oscuridad total, excepto por una fuente de agua en el centro, y una banca oxidada.

Teddy caminó hacia la fuente. Se sentó. Y comenzó a ladrar.

Y entonces... apareció alguien.

Una chica.

Cabello castaño, piel clara, ojos tristes.

—Karol... —dijo Valentina, con la voz rota.

—Valen... te estaba buscando.

Pero algo estaba mal. Su voz era... vacía.

Y sus ojos... no parpadeaban.

Teddy comenzó a gruñir. El peluche de corazón vibraba sin control.

—Esa no es Karol —dijo Richard.

—Entonces... ¿qué es?

La figura sonrió. Y desde su espalda, comenzaron a crecerle hilos negros, como cables, como raíces.

—Soy tu recuerdo más débil —dijo la figura—. Tu amiga más temida.

## Capítulo 13 – Recuerdo Hueco

Valentina retrocedió. Su mente se debatía entre correr hacia su amiga o alejarse del reflejo corrupto que tenía al frente.

La figura que imitaba a Karol sonreía con ternura, pero sus ojos... no tenían alma. Eran vacíos, como vitrales negros.

—No eres ella —susurró Valentina, más para convencerse a sí misma que a la criatura.

—¿No te alegras de verme? —dijo la figura con voz suave—. Siempre dijiste que era como tu hermana. Siempre juraste que estaríamos juntas para siempre.

Los hilos oscuros que salían de su espalda se aferraban a la fuente como raíces parasitarias. Y del agua emergía una neblina densa.

Sebastián interrumpió el momento:

—No le respondas. No es Karol. Es una *Imagen Invertida*, un espejo creado por el Umbral usando tus memorias rotas.

Richard asintió con gravedad.

—Las Imágenes Invertidas son las más peligrosas. No atacan primero. Esperan a que tú les creas.

Valentina bajó la mirada. El peluche de Teddy vibraba con más fuerza. El corazón rojo parecía querer salirse de su pequeño cuerpo de felpa.

—Si tú fueras Karol, sabrías lo que me dijiste antes de mi primer partido de voleibol...

La figura vaciló. Por un segundo.

—Te dije que confío en ti —respondió. Pero no fue la voz de Karol. Fue la de su madre.

Teddy ladró con furia. Valentina apretó los dientes. Su corazón dolía, como si un clavo invisible lo hubiera atravesado.

—¡Eso no fue lo que ella dijo! —gritó Valentina.

La criatura chilló como un vidrio quebrándose, y su forma comenzó a distorsionarse. Su cabello se alargó. Sus ojos comenzaron a sangrar tinta negra.

—¡Estás rota, Valentina! —gritó la cosa—. El Umbral te quiere... porque estás hecha de miedos.

Richard sacó un pequeño cubo con símbolos extraños, lo lanzó al suelo y un campo de luz blanca envolvió al grupo.

—¡Atrás todos!

El suelo tembló. La fuente explotó en vapor oscuro. Y del humo surgió la verdadera forma de la criatura.

Ya no era Karol. Era una figura alta, sin rostro, con brazos largos como sogas y una grieta abierta en su pecho que dejaba ver una luz púrpura que pulsaba.

### **El Eco del Recuerdo.**

---

La criatura avanzó lentamente. No caminaba, flotaba, como si el suelo la rechazara.

Teddy se interpuso entre ella y Valentina, gruñendo. El peluche de corazón ahora brillaba con luz roja intensa.

De pronto, Teddy se lanzó contra la criatura.

—¡Teddy, no!! —gritó Valentina.

Pero fue demasiado tarde.

El perro atravesó el cuerpo de la entidad como si fuera humo, y esta rió con una voz que sonaba como muchas voces a la vez.

—No puedes lastimarme. Estoy en tu mente, en tu dolor. Soy lo que dejaste atrás.

Valentina sintió algo dentro de sí... romperse. Un recuerdo, enterrado hace mucho tiempo: Karol llorando frente al colegio, culpándose por no haber defendido a Valentina de una agresión, años atrás.

—Lo olvidé... —susurró Valentina—. Lo enterré.

—Y ahora te lo devuelvo —dijo la criatura, y de su grieta brotaron cientos de voces que repetían "¡terrible!", "¡terrible!", una palabra que antes usaba Valentina para reír, y ahora sonaba como una condena.

Sebastián la tomó de la mano.

—¡Mírame, Valen! ¡No es real! ¡Eres más fuerte que esto!

—No puedo...

—Sí puedes. Porque yo estoy aquí. Y Teddy también.

Teddy se incorporó, temblando, pero aún con el corazón latiendo.

—Tu mente no es una prisión —dijo Sebastián—. ¡Es un campo de batalla! Y tú eres la única que puede decidir qué entra y qué se queda.

Valentina cerró los ojos. Respiró. Pensó en todas las veces que Karol le dio fuerzas. En los abrazos. En las risas. En los videojuegos compartidos. En las veces que la defendió.



—Tú no eres ella.

La criatura chilló y comenzó a colapsar sobre sí misma. Las raíces se deshacían. El humo se transformaba en cenizas flotantes.

—¡Noooo! —gritó el Eco—. ¡Aún hay más recuerdos! ¡Aún puedes romperte!

—Tal vez —dijo Valentina—. Pero hoy no.

Con un último latido del peluche, una onda roja atravesó la criatura y la desintegró en miles de fragmentos que flotaron como luciérnagas.

Silencio.

Solo el viento soplaba ahora.

---

Valentina cayó de rodillas, exhausta. Sebastián se arrodilló junto a ella. Teddy lamió su mano, con el corazón aún brillando.

Richard se sentó, sudando, observando el lugar.

—Sobreviviste a una Imagen Invertida... Eso no muchos lo logran.

—No me siento fuerte —susurró Valentina.

—Eso es lo que te hace fuerte —respondió Sebastián.

Ella sonrió débilmente.

—Terrible todo esto, ¿no?

Los tres rieron, aunque fue una risa rota, como después de llorar mucho.

---

Pasaron la noche en la plaza. Al amanecer, Richard se levantó primero. Miró el cielo extraño. Sin estrellas. Sin sol. Solo luz que no venía de ningún lado.

—Tenemos que movernos —dijo—. El Umbral está cambiando. Y creo que... está formándose un nuevo núcleo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sebastián.

—Que pronto este mundo dejará de ser capas separadas. Pronto todo se convertirá en una sola realidad.

—¿Y qué pasa si no lo detenemos?

—No habrá diferencia entre el mundo real... y las pesadillas.

Valentina miró el peluche.

—Entonces tenemos que luchar. No solo por nosotros. Sino por todos los que aún están perdidos.

Teddy ladró. Una luz nueva apareció a lo lejos: una puerta flotante, hecha de madera oscura, con un símbolo grabado en el centro.

—Nuestro próximo camino —dijo Richard.

Y sin más, comenzaron a caminar hacia lo desconocido... juntos.

## Capítulo 14 – El Corazón que Nunca Dejó de Latir

El silencio después del grito desgarrador de Valentina parecía envolver todo el campo de batalla. Los Fragmentos del Umbral se habían retirado temporalmente, como si hubieran sentido que ya habían hecho suficiente daño. El cielo, cubierto por una tormenta que no descargaba lluvia, solo truenos y presión, parecía reflejar la angustia de los sobrevivientes.

Sebastián, con el rostro cubierto de sangre y ceniza, se arrodilló junto a Valentina. Ella tenía los ojos fijos en el horizonte, las manos apretadas sobre el pequeño peluche en forma de corazón que le había entregado Teddy antes de desaparecer entre los fragmentos oscuros.

—No... no puede ser —susurró Sebastián, su voz quebrada—. No puede haber terminado así...

Valentina no contestó. Sus labios temblaban, pero no por el frío. Era la impotencia, la rabia contenida, el dolor. Todo hervía dentro de ella. El viento levantó polvo y cenizas a su alrededor, mientras el sol, débil y lejano, intentaba colarse entre las nubes grises.

Fue Karol quien rompió el silencio, con la voz seca.

—Tenemos que irnos. Esta zona no es segura... hay actividad al norte. Se están reagrupando.

—No me importa —dijo Valentina, aún sin mirar—. No me voy sin Teddy.

—Valen... —Sebastián extendió una mano para tocarle el hombro, pero ella se apartó—. Escúchame, por favor... él lo hizo por ti... por todos.

—¿Y eso lo hace justo? —replicó con los ojos llenos de furia. Luego bajó la mirada, con lágrimas corriendo por su rostro sucio—. Era solo un perrito... solo quería jugar... dormir... y ahora...

Una ráfaga de energía oscura atravesó el cielo como una serpiente luminosa, sacudiendo todo el terreno. Sebastián se puso de pie de inmediato.

—¡Nos están rastreando! ¡Tenemos que movernos!

Valentina se levantó a regañadientes, con el corazón de peluche en la mano. Lo sostuvo contra su pecho como si pudiera escuchar en él el latido de Teddy.

El grupo escapó hacia una antigua estación subterránea de trenes, ahora transformada en refugio para aquellos que se resistían al avance de los Fragmentos del Umbral. Allí los recibieron Richard y Emily, malheridos pero vivos.

—Sebas —Richard lo abrazó fuerte—, no sabes cuánto me alegra ver que llegaron. No sé qué fue lo que hizo ese perrito, pero nos salvó el cuello.

—Lo sé... —respondió Sebastián, bajando la cabeza—. Nos salvó a todos...

Esa noche, entre llantos y miradas perdidas, el grupo discutió su siguiente movimiento. Pero fue Valentina quien tomó la palabra, inesperadamente.

—Si Teddy hizo ese sacrificio, entonces no puedo quedarme llorando. Voy a terminar lo que él empezó.

Sebastián la miró, con una mezcla de orgullo y dolor.

—¿Estás segura?

—Él confiaba en nosotros... y yo voy a honrarlo. Vamos a destruir la raíz del Umbral. No importa lo que cueste.

El plan se puso en marcha. Había que atravesar las ruinas de un antiguo centro de investigación en las montañas, donde se creía que un núcleo de los Fragmentos estaba anclado. Era allí donde se originaba la distorsión que mantenía abierta la brecha entre mundos.

El trayecto fue infernal: criaturas deformadas, espejismos mentales, visiones del pasado... incluso Sebastián, el más fuerte mentalmente, sintió que se rompía al ver una ilusión de su madre muriendo en sus brazos.

Valentina también enfrentó sus demonios. Caminaba por pasillos vacíos del colegio, rodeada de risas burlonas, voces que repetían lo que más temía: *“No eres suficiente”*, *“Estás sola”*, *“Teddy se fue porque tú no lo cuidaste”*. Pero entonces, desde la nada, escuchó una voz suave:

—Valen... tranquila. Yo estoy contigo.

La voz era de Sebastián. Verdadero. Lo tomó de la mano, respiró profundo... y el horror se desvaneció.

---

Llegaron al núcleo: una esfera gigantesca de oscuridad, suspendida en un abismo, latiendo como un corazón corrupto. Protegida por una criatura gigantesca formada de recuerdos distorsionados y voces humanas.

—Es ahora o nunca —dijo Sebastián, preparando sus armas.

Pero antes de que pudieran moverse, una explosión de luz roja interrumpió todo. Una figura se lanzó desde lo alto, cayendo sobre la criatura como un meteoro.

El suelo tembló. El aire se llenó de chispas y polvo.

Cuando la niebla se disipó, Valentina dejó escapar un grito:

—¡TEDDY!

Era él. Pero no como antes. Su cuerpo brillaba con una energía roja tenue, y sus ojos reflejaban un poder antiguo. El pequeño peluche en forma de corazón seguía atado a su cuello. No era un sacrificio. Era una transformación.

Teddy miró a Valentina... y movió la cola.

—¿Pensaron que me iba a ir sin decir adiós?

El combate final fue una danza entre luz y oscuridad. Teddy saltaba, rugía, usaba una fuerza que parecía venir de lo más profundo de su ser. Sebastián y Valentina, sincronizados como nunca, lo apoyaban desde los flancos.

El núcleo comenzó a colapsar. Voces gritaban desde la esfera:

—¡Esto no es el final! ¡Solo el principio!

Valentina corrió hacia el centro, corazón en la mano. Cerró los ojos... y lo lanzó dentro. El peluche desapareció en la oscuridad.

Y todo... se iluminó.

---

Horas después, el grupo despertó entre ruinas. El núcleo ya no estaba. El cielo, por primera vez en meses, era azul.

Valentina buscó a Teddy con desesperación.

—¿Dónde estás? ¡Teddy!

Un suave ladrido la hizo girar.

Allí estaba. Exhausto, sucio, con la lengua afuera... pero vivo.

Corrió hacia él. Lo abrazó tan fuerte como pudo.

—¡Terrible perrito! ¡Pensé que te habías ido!

Teddy solo lamió su cara.

Sebastián los miraba desde lejos. Luego se acercó. Sin decir nada, rodeó a ambos con los brazos.

Valentina lo miró, y por primera vez... lo besó.

---

La guerra no había terminado. Pero algo había cambiado. El mundo, aunque herido, volvía a latir.

Y en medio del caos, un corazón rojo seguía brillando.

---

**Fin de la Temporada 1.**